

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8545

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Cauthartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, No. 458.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

**LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.**

Sábado 3 de Mayo de 1890.

## ¡NO MAS VIRUELAS!

En vista de los felices resultados obtenidos de la inoculación de la linfa vacuna procedente del Instituto de Murcia, se han traído cristales para la venta en la farmacia de la Sra. Viuda de Martí.

Para mayor seguridad se renuevan cada 15 días. Precio 3 pesetas. Mayor 28.

## ECOS DE MADRID.

2 de Mayo 1890.

Las noticias que han publicado los periódicos anunciando para ayer manifestaciones de obreros en toda Europa dan, en Madrid al menos, al primer día del mes de las flores un aspecto algo lúgubre.

¿Por qué? ¿Es que nos causa pena que nos recuerden que hay en el mundo más seres infelices que dichosos? ¿Es que tememos que la fuerza animada por la idea cause estragos?

Diffícil es averiguar la verdad y no es ciertamente mi misión descubrirla. Consigno el hecho—Madrid que no es población industrial, ni agrícola, ni muy trabajadora, ofrece un aspecto de tristeza, solo porque unos cuantos que se llaman anarquistas celebran una reunión en un teatro y porque gran número de albañiles van a juntarse en los jardines del Retiro a hablar de sus desdichas y sus aspiraciones.

La llamada cuestión social, aunque oculta por los oropeles de las grandezas y ensordecida por las músicas de la alegría y las voces del placer, no cesa de latir en el seno de las sociedades. Pocos meditan en este hecho que de vez en cuando se manifiesta impulsado por la desesperación y no es extraño que las numerosas clases que viven del trabajo hayan escogido el primer día cívico de la hermosa primavera, el día en que todo sonríe, para mostrar a los felices ó al menos a los que lo parecen las lástimas de su precaria vida.

Pero el temor de que se altere el orden ha obligado en todas partes a los gobiernos a tomar medidas extraordinarias y esto es lo que asusta a la gente y lo que da a las poblaciones el aspecto de tristeza que he señalado en la de Madrid.

Las tropas están en los cuarteles, los oficiales y jefes no han dormido en sus casas, todas las fuerzas destinadas a mantener el orden están en guardia, esperando un momento para reprimirlo y todo esto causa pena y temor.

La bandera que despliegan los que hoy en toda Europa son los protagonistas de la función se reduce a pedir ocho horas de trabajo en vez de las diez ó doce que se imponen a algunos trabajadores. No es grande su exigencia y bien aprovechadas, ocho horas producen más que diez empleadas en pensar y murmurar contra la llamada tiranía del capital.

Un maestro de escuela me recuerda de dónde que ha proclamado que los tres enemigos de la sociedad son Dios, el dinero y el poder, asegura que bastan tres horas de trabajo. La mayor parte de los empleados del Gobierno podrían asegurar que con una hora despartiarían su cometido a las mil maravillas.

Pero en fin, los obreros se ponen en la razón, y la higiene aconseja que las 24 horas del día se repartan en tres porciones, ocho para trabajar, ocho para dormir y ocho para esparcir el ánimo.

Si han de civilizarse algo esas clases que se llaman desheredadas ¿qué menos han de emplear en este otro trabajo que ocho horas?

Podría suceder en algunos países que las dedicasen a embrutecerse en la taberna ó a perjudicarse en el juego. Pero en fin no por este temor hay que obligar al ser humano a que trabaje como una máquina.

Lo mejor sería que el capital y el trabajo convencidos de que se necesitan procurasen entenderse y armonizar sus intereses. Hace ya muchos años que cuando se suprimieron las bohardillas en las nuevas casas, alejando a los obreros de la vecindad y tratos con las familias ricas, escribí yo algunas consideraciones que no parecieron por entonces muy en consonancia con el progreso moderno. La realidad demuestra hoy que esta separación empieza a ser funesta. Los ricos no conocen más pobres que los que andan por las calles implorando la caridad, y los jornaleros viviendo solo en los ensanches de las poblaciones no conocen más ricos que los que los atropellan con sus coches. Antes se complacía la señora del principal en socorrer a la familia de la bohardilla ó el sotobanco y esta familia respetaba y estimaba a los del principal.

Hoy se sorprenderán muchos seres felices de que los desgraciados se cuentan por millares.

Pero aunque en España haya manifestaciones y aunque acaben en tumultos en algunos parajes estas expansiones, de esperar es que la mayoría de los obreros den un ejemplo de orden y circunspección.

De todos modos, la verdad es que en estos casos lo único que sucede es lo que tiene razón de ser; y el espectáculo del primero de Mayo hará reflexionar un poco a los que tienen obligación de reflexionar.

Julio Nombela

## LA FAVORITA DEL SHAH.

La primera mujer del Shah, cuya llegada a Europa hemos anunciado, se halla actualmente en Viena.

La «joya del imperio» llegó el día 23 a la capital de Austria acompañada del embajador de Persia en aquella nación, general Neriman Khan, que la había recibido en Podwoleczyska.

El séquito de la mujer de Nansr-ed-dine se compone del cónsul general de Persia en Tiflis, del mayordomo de la corte de Teheran, de tres damas, una de las cuales es francesa, de cuatro eunucos y dos doncellas.

Al entrar en Viena iba la princesa precedida de dos eunucos que llevaban dos cajas de bombones y dos jarras de plata.

Otros dos eunucos sostenían a la princesa atacada, como ya hemos dicho, de una grave enfermedad de la vista.

La favorita fue conducida inmediatamente a la sala de espera de la estación destinada a las recepciones oficiales.

Es baja, parece de edad madura y lleva un

velo negro y tupido, un capuchón que la cubre hasta los ojos, una chaqueta de terciopelo azul celeste y falda gris.

Los eunucos visten el uniforme militar.

Los equipajes se componen de sacos de cuero de forma original y una enorme cesta que contenía botellas de licores.

Después de permanecer un rato en la embajada, la favorita del Shah se instaló en sus habitaciones de la Maximilianstrasse.

## Variedades.

Solución a la charada inserta en el número anterior:

AZULEJO

## Charada

Arturo primera dos  
que es cual pocos calavera  
dijo a Rosa:—Una dos tres  
hasta al prima tercia fuera.

La solución en el número próximo.

## LA PEÑA DEL DESENGAÑO

(NOVELA CORTA)

Juan Almeida fue hace muchos años uno de los tipos característicos que imprimieron sabor de localidad a la comarca gallega.

Y conste que no adornaba su cabeza con la clásica montera de tres puntas, ni vestía la graciosa chaquetilla de pardo monte ajustada al talle, ni el calzón de paño verde a rayas verticales, ni embutía sus piernas fornidas y vigorosas entre los pliegues de la polaina, ni sus piés de atleta en las obscuras concavidades de los zuecos.

Por los tiempos que vamos narrando, Juan Almeida era un mozo robusto como un pino, valiente como los hurones y un gaitero de afición solicitado en todas las romerías.

El fue el primero que introdujo en la aldea, como hijo predilecto de la costa y marinero cumplido, la moda de la barretina catalana cañida a las sienes con una faja de franela azul que, sirviéndole de jareta, se retorció al rededor de su cabellera hermosa y descuidada, cayendo después sobre el hombro con relativa coquetaría.

Una blusa, de color verde mar y amplio pantalón de rayadillo completaban el traje de este buen mozo, envidiado de todos los aldeanos y por el que suspiraban las zánias lugareñas: desde la sobrina del cura hasta la linda pastora María de la Purificación.

Nació Juan Almeida en una casita muy modesta situada al borde de la playa de Coitelada cerca de la iglesia de Chanteiro, y creció pescando mariscos entre las grietas de las rocas de ese mar siempre turbulento que llenan de espuma constantemente los vientos arremolinados del Cantábrico.

Al pié de esa casita, se extiende un pequeño valle donde bulle y murmura no se qué desvarios un pequeño riachuelo que se desliza entre guijarros y se oculta bajo los pinos y las espadañas; serpiente cristalina que se defiende de los ardientes rayos del sol y les embates de las tormentas jugueteando entre bosques seculares de castaños y a la sombra del decrepito Montefaro.

Débil de complexión y sin medios de fortuna, a Juan Almeida lo hicieron fuerte los ruidos incesantes de aquellas olas que retrellaban en el hogar de sus antepasados, el canto monótono y lleno de voluptuosidades de la pastora que bajaba por el monte con sus vacas para conducir las al abrevadero y el continuo piar de la que, más cerca de las nubes que de su nido derrochaba en el cre-

púsculo de la tarde trinos y armonías como diciendo: «estos captares míos son un himno de amor al Dios de las alturas para que sepa que soy un ave agradecida que le da una serenata antes de que oculte la noche con su manto de crespones el albergue de yerba y musgo de mis hijuelos...»

María de la Purificación... No sé si podré describir la figura de esta hermosa aldeana.

Tenia los ojos azules como los horizontes de Montevéltoso en los esplendrosos días de primavera.

Sus rubios cabellos caían en finísimas guedejas sobre su frente semejantes a los hilos de oro de una inmensa catarata, disputándole al sol el imperio de fingir entre luz y colores los cambiantes del iris; sus pestañas daban sombra y frescura a sus mejillas y su boca parecía hecha a propósito para que brotase en ella la flor del granado.

La linda rapaza era, pues, un conjunto de líneas y contornos capaces de hacer perder los estribos al mismo Rafael si la hubiese conocido antes que a Fornarina.

Juan Almeida y María de la Purificación se encontraban todas las tardes en el monte.

El había cumplido veinticuatro años y María rayaba en los diez y ocho.

Sus gustos y sus aficiones, por más que se adoraban, estuvieron siempre en completa oposición con su orgánico.

María, profesaba culto ferviente a la naturaleza.

Cuando esta se manifestaba en la plenitud de su poderío, aspiraba con deleite el perfume de las flores y languidecía cuando aparecía su vacas entre los alisos.

Trisaba por los romerales como el más revoltoso cabrillo y gustaba lo que no es decible cuando reflejaban su incomparable garganta y sus redondos hombros las dormidas aguas del rémanso...

Juan Almeida no se daba cuenta de estas filigranas, aunque en el fondo de su corazón repercutiesen los sentidos «batiempos» de María como notas lejanas de una música agradable.

Su gozo era la tormenta, el rumor saltaje de las olas y el grito angustioso de los naufragos pidiendo socorro en la soledad de la noche.

En una palabra, Juan y María eran dos almas templadas para el amor; dos seres que buscaban sus ideales por distintos derroteros y que se fundían en un solo suspiro y en una sola adoración en esas horas sublimes en que duerme la naturaleza...

Aquella tarde—la última venturosa para ellos—sobre la cumbre de cabo Prior apareció una nube de forma irregular, cuyos matices violáceos presagiaban algo de siniestro.

En la playa de Coitelada atropellaba el oleaje con espantosa furia, formando, al estrellarse en aquel cinturón de arena, montañas altísimas de espuma.

Aquellos valles que en forma de montera cubrieron las alturas de los valles cercanos, se fueron estendiéndose y abrazándose hasta constituir una masa compacta de nubes de cuyo siniestro seno surgió la tempestad.

María de la Purificación también entre los brazos de su amante, como cuando en las hojas en las rimas con los alisos otoñales.

Juan Almeida se estremecía de placer y tendía la mirada al horizonte, con la esperanza de ser herido una vez más, salvando a un naufrago en presencia de su amada.

¡Su vida y sus entusiasmos hubiese trocado el mozo por que apareciese ante su vista un buque desmantelado!

Desprenderse de aquellos brazos que rodeaban con miedo y en el infinito su cuello